

## NO ES UNA HISTORIA DE «EDMUNDO DE AMICIS»

Por segunda vez nos ha visitado la muerte en el breve espacio que va del 22 de Diciembre al 11 de Febrero. Esta vez en la persona de Don Bernardo Belmonte Duarte, portero de la casa de Mataró. Hacía cuatro largos años que había llegado a España desde la Argentina.

El Miércoles de Ceniza se celebró su entierro y, en la homilía, se introdujo una semblanza de este salésiano que da pie al título de este artículo.

Esta fue la homilía y ésta la aventura de:



# BERNARDO BELMONTE DUARTE

## MIÉRCOLES DE CENIZA

Hermanos: Hoy, miércoles de Ceniza, día especialmente dedicado a pensar en profundidad en nuestra condición humana, de simples criaturas de Dios, El ha querido recordarnos la aventura de nuestra vida *no con el símbolo de la ceniza*, sino con la realidad patente de nuestro querido Don Bernardo que, despojado de su vestidura terrena, acaba de volar a la Casa Paterna.

## DEL GUADALQUIVIR AL PLATA

«Soy español. Nací en Mojácar, pueblo de Almería. A mi madre no llegué a conocerla. Mi padre murió cuando yo contaba tres años, de manera que conservo un recuerdo muy vago de su persona. Quedamos tres varones; hubo una mujer, que yo no conocí. Hasta que se arreglara nuestra situación, fui puesto bajo los cuidados de

un matrimonio sin hijos. Un buen día, de la noche a la mañana, sin previo aviso, vendió el negocio y desapareció conmigo. Yo tendría unos ocho años. Desde entonces comenzaron a buscarme mis hermanos. El matrimonio me llevó primero a Sao Paulo, en el Brasil, donde vivimos un año, y luego a Santos, por otro año. Durante el transcurso de ese tiempo, sufrí privaciones y malos tratos de parte del hombre, que no ahorra toda clase de disgustos y palizas a su esposa. Por suerte, a mí, que no me hallaba ligado afectivamente a ellos, me enviaban todo el día a la calle, a vender las golosinas, caramelos y otros productos que fabricaban. La vuelta se me hacía muy penosa, ya que, en caso de no haber vendido mucho, el esposo me recibía con una tunda. Muchas veces me esperaba con el revólver en la mano para matarme. Si no hubiera sido por la mujer, me hubiera matado; a la hora de mi regreso, la señora se ponía a la puerta y con gestos me avisaba que no entrara en casa. Una noche el marido llegó tarde; yo ya me había acostado. Entonces, fuera de sí, tomó el re-

vólvér y se dirigió hacia mí. Si no se interpone la esposa, probablemente no estaría yo narrando esta historia. Estando en Santos, al volver una tarde, cansada la garganta de pregonar la mercadería y los pies hinchados de caminar, me encontré con la nueva de los vecinos: «Tus padres se fueron al puerto. Parten para Buenos Aires».

Yo emprendí una carrera desenfadada, que me pareció interminable, hacia el puerto distante media hora de donde vivíamos. Los hallé en el momento de embarcarse.

—¿Adónde van sin mí? —Les pregunté.

—Tu te quedas. Nosotros volvemos enseguida.

—Yo no me quedo aquí solo.

Dicho y hecho, cuando todos comenzaron a subir a bordo, me escurrí. Sólo aparecí ante el matrimonio en momentos en que el Balvanera —barco español que se dirigía a Buenos Aires— estaba en alta mar.

—¿Ahora, qué hacemos contigo?

—Yo no sé. Hagan lo que les plazca, pero a mí no me dejan.

Dos días antes de llegar a Montevideo, la señora, debido al mareo, no quiso bajar al comedor. El le espetó:

—Si no vas a comer, te pego un tiro.

—Déjate de chanzas, —le contestó ella.

Cuando yo vi el gesto del hombre para sacar el revólver, salí corriendo. Salté una máquina de güinche y me eché a correr, escalera arriba, hacia el puente de mando. En este momento me descerrajó un tiro, que me dio en el brazo. A todo esto, ya había herido de muerte a su esposa. Después volvió el arma a su sien y disparó. Cuando yo era atendido por el capitán y un practicante, apareció una dama, la que le expresó al comandante el deseo de hacerse cargo de mí. Era, como luego supe, Doña Isabel Briones de Sáenz presidenta del Patronato Español de Buenos Aires, que se dirigió amablemente a mí:

—¿Qué te pasa en el brazo?

Sólo entonces tuve conciencia de la gravedad de mi herida. La bala me había atravesado el brazo, interesando, probablemente, al rozar el hueso, algún nervio o tendón, porque, desde entonces, siempre que cambia el tiempo siento un cosquilleo y como unos tirones. Me llevaron al camarote de mi protectora, me preguntaron muchas cosas y yo, a mi vez, les inquiría:

—¿Dónde están el señor y la señora?

—¿No son tus padres?

—No son nada míos. Sólo un matrimonio, que se hizo cargo de mí al fallecer mis padres y me trajo a América.

—Pues ambos han muerto.

Accediendo a un pedido mío, el capitán me dejó presenciar la ceremonia en que, a media noche, ambos cadáveres fueron echados al mar. Tanto en Montevideo como en Buenos Aires, se cumplieron los trámites policiales, y yo, después de una permanencia breve en Migraciones, fui llevado a la mansión de la Sra. de Sáenz, en la calle Guido, frente al consulado español, que entonces funcionaba en un edificio de la calle Córdoba. Muy pronto, como era un poco grande, fui destinado al colegio Pío IX».

\* \* \*

Esta narración, que parece extraída de algún capítulo de Mark Twain, brota espontánea de labios de Don Bernardo Belmonte Duarte, quien no oculta su emoción al recordarla y pone énfasis en subrayar algunos hechos, con ademán sencillo y persuasivo y con los cambios de voz, como corresponde a un cultor del teatro, en el que por tantos años trabajó como director y actor del conjunto de León XIII.

Nacido en Mojácar (Almería: Mojácar, probablemente de Murgis Acra, cuyo castillo tuvo fama de inexpugnable, fue arrebatada por los Reyes Católicos a los moros, y desde entonces se puso una llave en su escudo, significando su importancia estratégica) el 10 de Diciembre de 1903, don Belmonte hizo el noviciado en Bernal en 1928, con el inolvidable P. Punto. Recuerda a sus compañeros Andrade, Balbi, Carroll, Cháves Paz, Delgado, Díaz, Fuenbuena, Horn, Kirschenbilder, Mari, Morano, Julio y Marcos Muñoz del Val, Paletta, Parodi, Pérez, Sánchez, Schroh (Enrique), Soto, Ussher (Juan), Vaccaro, Varvello, Guerra.

—¿Cuál fue su primer destino, emitida su profesión temporal?

—Me quedé en Bernal, donde se había instalado una pequeña imprenta, en la que

yo atendía a la impresión del periódico «La Unión», de la Parroquia de Ntra. Sra. de la Guardia, que hasta entonces se confeccionaba fuera. En el edificio del viejo noviciado funcionaban una planita y una minerva. Allí componía, corregía pruebas, imprimía el boletín y muchas veces, cuando el texto no alcanzaba, debía hacer yo los artículos para llenar el espacio.

Este cronista no pudo ocultar su alegría al hallarse ante un colega.

—¿Cuántos años hace que está en León XIII?

—Desde 1934, ya que en 1933 estuve en Pío IX, siempre como maestro de artes gráficas, tipógrafo, linotipista, impresor.

—En mi actuación periodística me he encontrado con muchos exalumnos suyos.

—Así es, sobre todo varios que hacen honor a esa condición en diarios como «La Prensa», «La Nación», y en el interior. Cuánto bien les hicieron los padres Domingo Martínez, mi primer director en León XIII, Prémoli, Martini, Tempo (el alma máter del Industrial, bondadoso y querido por todos).

—¿Cuáles eran sus ocupaciones?

—Pasé toda mi vida en el pupilaje (internado) y me gustaba, desde la mañana hasta el anochecer, cuando, después de haber enseñado en el taller de tipografía, asistido el dormitorio, iglesia, comedor, patio, baños (asistencia perpetua), terminaba mi jornada con el ensayo de teatro. Cansado, pero contento.

Es sin contar sus buenos partidos de fútbol, en que el puesto de «half» derecho, además de la defensa, fue ocupado por Don Belmonte con méritos sobrados en partidos intercolegiales y de exalumnos.

## DEL PLATA AL GUADALQUIVIR

—Hace poco ha vuelto usted de un viaje a España. ¿Qué le llevó a realizarlo, a pesar de su delicado estado de salud, como para viajar, sobre todo en avión?

El rostro se le transfigura, los ojos se encienden y en actitud de reanudar el relato inicial, se acomoda como en el asiento de un «jet» y se ajusta el cinturón de seguridad emocional para no ser traicionado por las lágrimas. No nos atrevemos a inte-

rrumpirle con la irreverencia de la pregunta muchas veces obvia.

«Va usted a ver —comienza—. Mis hermanos desde el día de mi desaparición, iniciaron la búsqueda. No sabían nada de mí y yo nada de ellos. En 1955, siendo director el P. Paletta quise sacar la cédula de identidad.

Escribí a España para dar con mis documentos, pero en vano. Hasta que surgió en mi memoria, providencialmente, un nombre: *Mojácar*. Escribí al párroco. A los quince días recibía con lógica sorpresa, el acta de bautismo y una carta de un primo mío —enterado por el buen sacerdote de mi paradero— quien me decía que en la Argentina vivían dos tías mías, incluyendo una dirección, que costó entender. Sólo en 1967, siendo director el P. Moisés, tras una odisea epistolar, pude dar con una tía primero y luego con la otra, ambas ancianas (hoy están en los 90 años). Y yo, que no tenía parientes en América, me vi rodeado en Lanús, del cariño del que tanto necesitaba, de decenas y decenas de primos, sobrinos, nietos y tataranietos. Todos ellos de apellido Duarte, el de mi madre, ya que la familia de mi padre permaneció en España. Hay muchos parientes más en Santa Fe y Chaco, que aún no pude conocer.

Un día el P. Raúl Veiga, mi director, a quien debo agradecerle cuanto hizo por mí, sin yo saberlo inició los trámites para mi traslado a la tierra de mis padres. Sólo me enteré cuando tuve que legalizar los documentos. Me parecía un sueño. Se hizo realidad en Octubre del año 1968. En un avión de Iberia llegué hasta Madrid y, de allí, a Barcelona, donde, entre la angustia y la alegría, hallé el primer ejército de parientes, descendientes de mi hermano Antonio, que había fallecido debido a una angina pectoris. En un barrio cercano a Mataró permanecí 25 días. El 12 de Octubre, asistí, como invitado de honor, al casamiento de la hija menor de uno de mis cinco sobrinos, que ya es abuelo, por lo que yo me enteré que soy tío tatarabuelo. ¡Vaya qué viejo me estoy poniendo! En el banquete, el grito fue ¡que baile el tío! ¿Yo, que no conocía más baile que el del fútbol...?

Ahí no terminó todo. En tren llegué a Córdoba donde vive mi otro hermano Francisco. El vagón en que viajaba quedó lejos

del andén. Tomé mi valija y eché a andar junto a las vías. Del otro lado, un señor se adelantaba, indeciso, hasta que al llegar a cuatro pasos de distancia, gritó:

—¿Bernardo?

—Sí, soy yo, Bernardo —contesté.

Todos los que vinieron a esperarme no lograban desprenderlo de mis brazos. Calcule el esfuerzo que hice para no desfallecer. El trayecto de la estación central de Córdoba hasta Alcolea, el pueblo en que vive mi hermano (famoso por las batallas que se libraron en el puente romano en 1808, contra los franceses, y en 1868, en la revolución de Cádiz, contra los ejércitos isabelinos), fue una apoteosis.

—¿Qué hace toda esa gente a lo largo del camino?

—Te vienen a recibir, —me contestó mi hermano.

En efecto, enterados de la historia que le acabo de narrar, todo el pueblo se echó a la calle, donde fui objeto de abrazos de cuantos pudieron acercarse, con lágrimas en los ojos, como si fuera un pariente más. Mi estada se convirtió en el centro de la vida de Alcolea. En el cementerio de Córdoba pude visitar las tumbas de papá y mamá. ¡Qué tan cerca los tuve! Un poco más lejos, estaba la de mi hermano Antonio. Dirá usted, qué aguante. Pero la sensación más terrible la tuve cuando en Córdoba hube de despedirme de Francisco. Sin la asistencia de Dios no hubiera resistido. Por suerte la vuelta fue tan buena como la ida. Los viajes en avión, a pesar de todas las recomendaciones facultativas, no me afectaron en lo más mínimo».

Don Belmonte se apea del sillón desde el que, en raudó viaje, en una hora de entrevista y a 66 años de altura, evocó el comienzo de su vida, predestinada por la Providencia para entender mejor la misión que Don Bosco le habría de encomendar a través de más de 40 años de intensa actividad salesiana.

\* \* \*

Este era Don Bernardo. Vosotros le habéis conocido durante estos últimos 5 años. Siempre en su sitio, atento a la portería, al teléfono, a los horarios. Un hombre fiel, puntual,

cargado de méritos y sin pregonarlos. ¿Recordáis lo leído en el evangelio de hoy?:

«Cuando hagáis limosna, no lo vayáis trompeteando por las calles como hacen los hipócritas para ser honrados».

«Cuando recéis, no lo hagáis en las esquinas de las plazas para ser vistos».

Os aseguro que D. Bernardo fue así. Oculto, sencillo, humilde.

Al principio de esta Cuaresma, al recordarnos nuestros compromisos cristianos, él nos da una señal de alerta, una confirmación del Evangelio de las Bienaventuranzas, para que sepamos comprender el verdadero sentido de nuestra vida. Sólo faltan 40 días para la Pascua, la fiesta de la Resurrección. El se nos ha adelantado. Ya la ha celebrado. Nosotros hemos de alcanzar la misma meta: pidamos a Jesús que nos ayude a andar el mismo camino.

\* \* \*

P. D. El relato de las aventuras de Don Bernardo ha sido sacado de *Entre Nosotros*, boletín familiar de los salesianos argentinos. Abundan palabras y giros argentinos.

Agradecemos de corazón a cuantos asistieron y visitaron a Don Bernardo en la Clínica Corachán, especialmente a las Comunidades de Sarriá.

MANUEL PUYOL, S D B

Mataró, 25 de febrero de 1975

## D. BERNARDO BELMONTE DUARTE

Nació en Mojácar (Almería) el 10-XII-1903.

Votos temporales en Bernal (Argentina) el 30-I-28.

Votos perpetuos el 26-I-1935.

Falleció en Mataró (España) el 11-II-1975.